

1232  
I54

F1232  
•I54



1020002129



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Las mismas ideas, nacidas en pueblos enteros entre sí desconocidos, deben tener un motivo común de verdad.

Vico.

Con el genio inspirado de Byron y tocando mis labios el carbón encendido de Isaías, quisiera dirijiros hoy la palabra, para recordar con un lenguaje elocuente y digno, el mas glorioso acontecimiento de nuestra historia: la proclamacion de nuestra independencia nacional, y cuando contemplo el grandioso espectáculo que presenta un pueblo rompiendo las ataduras que lo ligaron por tres siglos, me siento sobrecojido de admiracion y entusiasmo, por que á ese pueblo pertenecemos y porque con la sangre que derramaron nuestros hermanos se conquistó la libertad y tuvimos patria y existencia política.

El estudio de los acontecimientos pasados sirve de provechosa leccion para el porvenir, y celebrando hoy además el fausto aniversario de nuestra emancipacion política, es un deber mio, (que cumpliré sin odio ni prevenicion) enumerar las principales causas que motivaron la revolucion del mes de Septiembre de 1810, su justicia y conveniencia y el benéfico influjo que debe ejercer en la situacion actual del país.

04878

las sábias leyes que promulgó el Consejo de Indias, y aunque sus esfuerzos se estrellaron con frecuencia en las intrigas y valimiento que tenían en la corte los dueños de tierras repartimientos, siempre se evitó la completa extincion de la raza conquistada y se remediaron muchos males.

Apesar de tales alternativas, con el tiempo se calmaron los ánimos y merced á la hábil política de algunos Vireyes, eminentemente benéficos, como Mendoza, Galvez, Azanza y Revillagigedo y de los virtuosos eclesiásticos las casas, Vasco de Quiroga, Alcalde Palafox y otros, se aumentaba la prosperidad de la colonia, sin que nadie pensase en adquirir derechos políticos que no apreciaba ni conocia, cuando se oyeron repentinamente los ruidos lejanos de una deshecha tempestad.

La revolucion francesa, ese inmenso cataclismo, conmovia entónces la Europa entera, primero con los escritos de filósofos apasionados ó irreligiosos, pero casi siempre elocuentes, promoviendo despues el levantamiento de los pueblos contra los reyes y los nobles y ahogando en sangre, tanto á los defensores de los abusos, como á los que trataban de abolirlos, y á los inocentes lo mismo que á los culpables.

Tan inesperado espectáculo vino á sacar de su letargo á las pacíficas colonias de la España. Los esfuerzos heroicos de muchos pueblos para recobrar su libertad, la desesperacion y caída de las mas antiguas dinastias, que por muchos siglos habian gobernado en virtud del llamado derecho divino,

hasta entónces no disputado, exitaron en los mejicanos dudas muy naturales, sobre la justicia con que un pueblo lejano les escijia la obediencia mas pasiva y el sacrificio de sus derechos políticos que comenzaron á comprender, y desde entónces simpatizaron como era de esperarse, por la causa de la libertad. Esa agitacion en los ánimos, ese progreso en las ideas de un pueblo que rara vez se ocupaba de asuntos políticos, alarmó profundamente al gobierno colonial y y á las clases que lo apoyaban. La Inquisicion, que tanto retardó en España el progreso de las artes y de las ciencias, tambien en Méjico fulminó excomuniones, y se preparó para anonadar con sus rayos á las colonias que defendian las ideas nuevas, ejerciendo la mas severa vigilancia en las acciones de los hombres influyentes é ilustrados, y cuando mas convenia usar de medios suaves que estrechasen los lazos de union y benevolencia entre mejicanos y españoles, desdeñóse la hábil política adoptada por tanto tiempo, en virtud de la cual no se ejercia en los colonos un rigor inútil, aunque sí se les conservaba en la dependencia. España, aliada entónces de la Francia, ponía sus soldados, sus recursos y los de sus colonias á la órden de Napoleon, y la completa deferencia que le tenían los monarcas, y el unánime aplauso que los españoles tributaban al Gran Capitan del siglo, nos hizo conocer que un soldado de fortuna, sin mas título que el derecho divino de la gloria y del génio, podia colocarse al nivel

de los Reyes que habíamos adorado como los atenienses al Dios desconocido.

También los Mejicanos admiraban al guerrero francés; pero no comprendían la necesidad de que sin beneficio alguno de la colonia, se sacrificasen todas sus rentas y productos incluso los de obras pías, que hasta entonces se habían respetado como sagradas, para contentar las escijencias de la política conquistadora de la Francia, y las pretensiones vanidosas de un favorito, objeto del desprecio de los mismos españoles.

El Virey Iturrigaray que gobernaba entonces la Nueva España, había excitado en los mejicanos el amor á la gloria militar con el espectáculo de los cantones de tropas, en su mayor parte provinciales, y ese mismo Virey, objeto repentino del odio de una reducida facción de españoles de la Capital, que no contaba con las simpatías de los mejicanos, ni con la aquiescencia de los españoles, que habitaban las provincias, fué sorprendido en su palacio y despojado del mando por el pretendido cargo de infidencia, precisamente cuando se acababan de recibir noticias de la invasión de España por los franceses y de la anarquía á que se hallaba entregada, y cuando era tan fácil reanimar la adhesión de los mejicanos avivando el entusiasmo que causaba el glorioso levantamiento de la España contra sus invasores: se despreciaron las moderadas representaciones del Ayuntamiento de Méjico y los consejos de algunos hombres prudentes, y fueron perseguidos los licenciados Verdad, Dominguez,

Villa Urrutia y otros hombres distinguidos, recibiendo los mejicanos diarias pruebas del odio que les tenían los que habían depuesto á Iturrigaray para remplazarlo y gobernar á su antojo, sin consideracion á los intereses de la colonia ni de la misma España.

Profunda fué la sensacion que semejante conducta causó en el ánimo de los mejicanos y muy amargas sus reflexiones; y esos mismos hombres acostumbrados á la obediencia, comenzaron á defender públicamente sus derechos, calculando el resultado probable de la lucha á que tan imprudentemente se les desafiaba. Descorrióse el velo que cubría sus ojos y conocieron, que si la misma Junta de Cadiz aprobaba la deposicion de un Virey que era el representante del Soberano, ninguna consideracion debia esperar la colonia.

Recordaron antiguos agravios: que por un cálculo estudiado se les mantenía sumidos en la ignorancia y en la inercia, negándoseles todo participio en el gobierno y que sobre el comercio, la propiedad y los empleos se ejercia el mas insoportable monopolio, y como si fuese un designio de la Providencia, los errores, las faltas y hasta las virtudes de los españoles todo contribuyó á que se aumentaran los prosélitos de la independencia de la colonia.

La conducta de los Monarcas Españoles en Bayona, las persecuciones de la Inquisicion tan odiada ya en Europa; la ocupacion y enajenacion, en Méjico, de los bienes de obras pías, la venta escandalosa de empleos,

la deposición de Iturrigaray, la debilidad del anciano Virey Garibay que acató de acuerdo con su consejo la orden de la junta central de Sevilla para que fuese arrestado el Rey Carlos IV si se presentase en Méjico, la desavenencia que naturalmente causaba aun entre los mismos españoles, la diversa opinión que se formaron sobre el derecho que Carlos IV y Fernando VII alegaban alternativamente para seguir gobernando las Españas, la anarquía á que estuvo entregada la Península al principio de la guerra, y el temor, de que los franceses quisieran extender su dominio á las colonias españolas de América: todo excitaba en los mejicanos las afecciones mas estrañas y contradictorias. Perdieron su antiguo amor y respeto á los Reyes, hicieron distincion entre la Inquisicion perseguidora y el clero perseguido ó extorsionado, no tuvieron fé en el gobierno creado á consecuencia de una asonada y conocieron en fin, que el amor á la Independencia tan heroicamente defendida en España, era un sentimiento digno de imitarse, notándose igual agitacion y deseo de libertad en las demás colonias Hispano-Americanas; porque debian ser muy poderosas y justas las causas que tan idéntico efecto producian en pueblos enteros y casi desconocidos entre sí.

Tal era el estado de los ánimos en los años de 1808 á 1810. Se hizo una completa revolucion en las ideas que inevitablemente debia ocasionar un levantamiento á mano armada, solo faltaba un caudillo de prestigio que

inspirase respeto por sus cualidades y firmeza de carácter, y encontróse, porque rara vez dejan de presentarse, hombres superiores, al frente de las revoluciones que contribuyen al progreso y emancipacion de la especie humana.

Un anciano secesajenario, sin recursos ni otro prestigio que el que exitaba por sus modestas virtudes, cura del ignorado pueblo de Dolores y digno Sacerdote de un Dios de caridad, amaba á los pobres y desvalidos con la ternura y bondad de un padre, enjugaba las lágrimas de los desgraciados, les infundia aliento con sus consejos y quiso endulzar la suerte de sus feligreses, inspirándoles amor al trabajo, que tanto contribuye al bien del hombre y la mejora de sus costumbres, aficion á la industria, que proporciona riqueza y comodidad y al estudio, que tanto eleva el alma y enaltece el hombre á sus propios ojos. En una época en que las tinieblas de la ignorancia cubrian la Nueva España, logró el Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla las nobles miras que se habia propuesto, enseñando á sus feligreses el cultivo de las viñas y moreras, la multiplicacion de colmenas, cria de gusanos de seda y fabricacion de loza, y con las mismas manos con que habia empuñado el arado y la podadera, tomaba el pequeño libro en que enseñaba la lectura á los niños, y los libros sagrados que servian de testo á sus sermones, en que predicaba á los hombres el cumplimiento de sus deberes y el amor al Dios Omnipotente y justo, que nunca deja sin consuelo al desgraciado que